

















































guía extenuado por el peso de su talle. Si, como a veces ocurría, tenía los rasgos de una mujer que yo había conocido en la vida, iba a entregarme por completo a ese fin: encontrarla, como esos que parten de viaje para ver con sus propios ojos una ciudad deseada y se figuran que pueden disfrutar en una realidad el hechizo de lo soñado. Poco a poco iba desvaneciéndose su recuerdo, había olvidado a la muchacha de mi sueño.

Un hombre que duerme tiene en círculo a su alrededor el hilo de las horas, el orden de los años y de los mundos. Al despertarse los consulta por instinto y en un segundo lee en ellos el punto de la tierra que ocupa, el tiempo que ha transcurrido hasta su despertar; pero sus hileras pueden mezclarse, romperse. Si hacia el amanecer, tras algún insomnio, el sueño lo arapa mientras lee, en una postura demasiado distinta de aquella en que habitualmente duerme, basta su brazo levantado para detener y hacer retroceder el sol, y en el primer minuto de su despertar no sabrá siquiera la hora, pensará que apenas acaba de acostarse. Y si se adormece en una postura todavía más desplazada y divergente, sentado, por ejemplo, después de la cena en un sillón, entonces será completa la conmoción en los mundos salidos de sus órbitas, el sillón mágico le hará viajar a toda velocidad en el tiempo y en el espacio, y en el instante de abrir los párpados creará haberse acostado varios meses antes en otra región. Pero bastaba que, en mi cama misma, mi sueño fuese profundo y sosegase por completo mi espíritu; entonces este abandonaba el plano del lugar en que me había dormido, y cuando me despertaba en mitad de la noche, por ignorar donde me encontraba, en un primer momento no sabía siquiera ni qué era; solo tenía, en su simplicidad primera, la sensación de la existencia como puede temblar en el fondo de un animal; me encontraba más desprovisto que el hombre de las cavernas pero entonces el recuerdo –aún no del lugar en que me hallaba, sino de algunos de aquellos donde había vivido y donde habría podido estar– venía a mí como una ayuda desde lo alto para sacarme de la nada de la que nunca habría podido salir solo. En un segundo pasaba por encima de siglos de civilización, y la imagen confusamente vislumbrada de lámparas de petróleo, luego de camisas de cuello vuelto, iban recomponiendo poco a poco los rasgos originales de mi yo.